

“L'Entèrrement du Comte d'Orgaz”

Georges Bordonove es un autor francés, joven, según me dicen, que comenzó a publicar en 1952 y que tiene ya no menos de siete obras en circulación, cuatro de ellas galardonadas. Me han hablado muy bien de «Les armes à la main», y, como desagravio por los reparos que se le van a poner aquí a propósito de «L'Entèrrement du Comte d'Orgaz», me comprometo a glosar en el próximo número las excelencias de la primera.

La segunda, «L'Entèrrement du Comte d'Orgaz», está centrada en Toledo, y éste es el motivo de que me ocupe de ella, en razón de su dedicación a nuestra ciudad y a la obra del Greco. El que aquí se hiciera una crítica exhaustiva de la novela, como tal novela, sería inoperante. ¿Qué le puede añadir, o quitar, a un autor de Ultrapirineos, una referencia en una publicación española de provincias? Georges Bordonove ha visitado nuestra ciudad, según me dicen y según se desprende de la lectura, pero no la ha visto. Ha visto y ha transitado una entelequia; y, por extensión, ha reducido Castilla y España a otras tantas entelequias. Ha querido hacer tabla rasa del tipismo y la pandereta, pero ha caído en otra aberración: en la de no ver en el Toledo vivo y contemporáneo si no un vasto museo viviente de pinturas grequianas.

Y la visión que de España y de Toledo nos ofrece El Greco, con ser genial, es unilateral, incompletísima y abstracta. En cierto modo —yo no sé si Bordonove conocerá o no el hecho—, está justificado el olvido, el casi menosprecio en que, durante dos centurias, se mantuvo la obra del cretense. Ni los españoles en general ni los toledanos concretamente, se reconocían en los tremendos figurones de Domenico; en esas caras y esas manos de una intensidad estética pocas veces superada, pero irreales, o mejor aún, superrealista, simbólicas. El Greco fué un artista eminentemente subjetivo, que se sirvió de modelos accidentalmente españoles para configurar una estética eminentemente personal.

Resintiéndose de este defecto capital de concepción, la obra comentada flaquea desde sus cimientos, y resulta, no ya superrealista como la pintura grequiana que le sirve de inspiración, sino fundamentalmente falsa. Mucho más falsa —por lo mismo que pretende ser mucho menos pintoresca— que otras ilustres españolas —«Carmen», por ejemplo—. Recuerdo que cuando leí «Carmen» —estaba prevenido en contra suya— me sorprendió la habilidad con que Marimée, manejando elementos prefigurados, acertaba a componer un cuadro tan jugoso, tan humano y casi tan realista. Y no hablemos ya de los magníficos «Cuentos de la Alhambra», de W. Irving. A Bordonove, en ésta su aproximación a lo español, le faltan, casi en idéntica medida, la ponderación y la información. Traía una prefiguración y no le ha servido de nada, al parecer, la confrontación de su visión ideal con la realidad española de 1957. Y así ha podido escribir que al personaje Palalda casi se le come un toro bravo mientras está pintando en el campo toledano; que le salva un garrochista «con sombrero de paja»; que la Guardia Civil patrulla por la ciudad y pide la documentación, en el Puente de San Martín, a los noctámbulos; que los ancianos transitan con capa y bastón, «distintivo éste de su condición de hidalgos»; que los chicos y las chicas pasean por la Calle Ancha, comiéndose con los ojos, pero sin mezclarse y sin hablarse; y que los curas, en fin, sentados en la terraza del «Suizo», fuman en ronde bebiendo manzanilla y jugando a las cartas...

Georges Bordonove anuncia que piensa escribir próximamente una novela de toreros. Si yo supiera que iba a leer esta reseña, le aconsejaría sinceramente que no lo hiciese. Porque no se me alcanza cómo un turista, por muy imaginativo y buen escritor que sea, va a poder penetrar y comprender, de buenas a primeras, esa parcela de la difícil realidad española a la que alguien, que conocía el percal, denominó «ese turbio planeta de los toros»...

José PEDRAZA

BIBLIOGRAFIA TOLEDANA

ANTONIO PALOMEQUE TORRES:

NUEVA APORTACIÓN A LA ARQUEOLOGÍA DE LA CUENCA DEL TAJO: **Restos de una villa romana y de una iglesia visigoda.** — (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Tomo LXVII, I.-1959).—Págs. 320-345, dos planos, cuatro dibujos y tres fotografías.

Una nueva publicación acrece la bibliografía arqueológica toledana debida, ahora, al catedrático de la Universidad de Barcelona Dr. Palomeque Torres, ilustre hijo de uno de nuestros pueblos.

Estudia el autor dos notables restos arqueológicos hallados en la finca de «Las Tamujas», radicada en el término de Malpica, en las riberas taganas. Se trata de una villa romana urbana y

de otra rústica, que fué aprovechada como iglesia visigoda. Es una prueba más de la intensa romanización del territorio provincial toledano y de la permanencia visigoda en el mismo.

La villa urbana, levantada sobre una tierra fértil, conserva notables restos de mosaicos policromos y testimonios de que en ella, sus dueños, vivieron con las comodidades inherentes a un rico propietario rural, con baños y calefacción, alimentada, en este caso, con leña y carbón vegetal.

Hace Palomeque Torres atinadas observaciones sobre el tipo de explotación agrícola que correspondería aquí, a una parcela extensa o *fundus*.

La villa rústica, residencia de los colonos, se aprovechó, en la época

visigoda, para iglesia, de planta rectangular, con una nave, *narthe* y *atrium*. Los elementos ornamentales son de puro estilo toledano, muy biselados; entre ellos, fragmentos de lo que pudo ser el cancel o celosía del iconostasis. El material empleado en estas piezas es de mármol azulado, como el que se utiliza en las piezas visigodas halladas por nosotros en Aguilera (Belvis de la Jara).

Significa el trabajo que se comenta un paso más en el conocimiento del fondo arqueológico romano-visigodo de nuestra Provincia, que recibimos con el aplauso y las palabras de aliento a que es acreedor.

FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO